

todos los vientos, ni te entres por todos los caminos adonde te convidan tus apetitos.

144. Considera cómo despues de todo esto cogió nuestra Reyna María sacratísima en sus brazos á su divino Hijo Jesus, y abrigándole, le dió el pecho. Piensa en la admiracion y pasmo de aquella santísima alma, cuando miraba á Dios temblando de frio, necesitado de que le abrigasen, de que le sustentasen, fajasen, vistiesen, desnudasen y cargasen como Niño. O Señor omnipotente! ¡Dios inmenso! ¡Magestad eterna! ¿Quién os hizo mendigo de una criatura? ¡O amor! ¡O caridad incomprendible de Dios! El hombre, Señor, os ha traído á este establo: el hombre os ha puesto en este estado: el hombre os ha robado el corazon, y con él se llevó vuestra grandeza, vuestra gloria y vuestra Magestad, y os dejó cargado de su pobreza, de sus miserias y de sus trabajos. A este modo piensa en la sacratísima Vírgen, toda absorta y pasmada en la contemplacion de las finezas de Dios; y puesto que tú has sido el ladron que robaste á Dios hombre, bajando de Jerusalem á Jericó, del cielo al mundo: puesto que tu amor le hirió, y le tiene puesto en un establo pobre y necesitado; ten cuidado de asistirle, de servirle y curarle aquellas heridas de amor con el mismo amor y caridad: no le dejes perecer de frio, pues tú le desnudaste: no le dejes morir de hambre, pues tú le robaste: no le dejes entre bestias, pues tú le cautivaste y ataste de pies y manos con aquellas: llámalo á tu alma, y convidale con tu corazon: abrígale en tu pecho, y caliéntale con tu amor.

145. Considera en la Circuncision del Señor. A los ocho dias despues de su Nacimiento quiso padecer aquel tormento de la Circuncision, en la cual con un cuchillo de piedra le cortaron su santísima, tierna y delicadísima carne; y cortada, con unos hierros ardiendo le cauterizaron la herida. Piensa en el dolor de la herida, en el ardor del fuego, en los suspiros y lágrimas que derramaba, y en las lágrimas y sentimientos de la Madre Vírgen: y si las tuyas quisieren correr de tus ojos, impelidas de la compasion y pena de tu Dios y tu Señor, déjalas que corran, que con ellas templarás á tu Dios el ardor de aquel cauterio. Piensa en cuánto te amó, pues que tan presto derrama por ti su sangre, y tan presto se carga de dolores por ti. Este sí que es amor, que no puede encubrirse, disimularse ni ocultarse: luego se manifiesta, y tan de veras. Piensa en aquel cauterio, que es señal de es-

clavitud; porque solo los esclavos se señalan y marcan con hierros y fuego. Mira á Dios, que se pone la señal de esclavo, y pregúntale para qué; y te responderá: para que tú no lo seas mas; y tambien para traerte á la libertad de hijo de Dios. Pregúntale para qué; y te responderá: que para quitártela á ti, se la pone en sí, para que tu seas libre.

146. Considera cómo nuestro Salvador y misericordiosísimo Señor, así que se vió entre los hombres, luego y sin dilacion trató con la divina Justicia, que tenia sujetas las almas, de comprárselas; y hecho el contrato, se convinieron la misericordia y la justicia, que el Señor las comprase; pero que advirtiese que el precio con que habia de satisfacer á la justicia no habia de ser oro, ni plata, ni géneros corruptibles, sino la sangre preciosa del Cordero mansísimo. Vino en el contrato el Señor, dijo: sean pues desde ahora, y corran por cuenta de la misericordia las almas, que yo daré desde ahora la señal, y despues daré por junto la cantidad de mi sangre, derramando hasta la última gota en la cruz. Dió en fin la señal el Señor, y esa es la sangre que hoy derrama en su Circuncision. Mira, alma, que ya no eres del mundo, ni del demonio, ni de tu carne: ya te ha comprado la misericordia: no te sujetes mas á la justicia: ya eres de Jesucristo: sirve á quien con tanto amor te compra, y con tanto dolor te redime de la rigurosa esclavitud del pecado, que es quien te rinde á la Justicia divina.

147. Considera que todas las quemazones ó cauterios por lo ménos en nueve dias no se curan, y todo ese tiempo dura el ardor. Piensa, pues, qué tal seria el sentimiento de la sacratísima Madre Vírgen, que con sus virginales y santísimas manos curaba el cauterio de su divino Hijo; y cuantas veces le renovaba el dolor, otras tantas le hacia derramar las lágrimas, y llorar, porque habia tomado nuestra naturaleza, y con ella nuestra miseria; y así lloraba y sollozaba como niño, y la sacratísima Vírgen se compadecia como verdadera Madre. Y así debes pensar, que todos aquellos nueve dias fueron de martirio para el piadoso corazon de María santísima, y de gravísimo dolor para el divino Niño: porque al paso que era el mas tierno y delicado de los nacidos, á ese paso era mas vivo su sentimiento.

148. Considera cómo este Señor, con la ansia que traia del bien de las almas, luego se quiso dar á conocer; y para este efecto, por una estrella llamó desde el oriente á los tres

reyes Magos, y estos, así que la vieron, la conocieron por señal de su vocacion, y sin reparar en caminos, ni en trabajos, partieron luego al que por ella los convidaba. Tomaron la misma estrella por guia. Dicen unos que en ella se representaba un Niño con una cruz acuestas: otros una Señora con un Niño en los brazos: una y otra es buena guia: cógela, si quieres acertar con el camino. Llegaron, pues, á Jerusalem, en donde se les ocultó la estrella, mas no por eso desmayaron: procuraron saber por los sabios lo que pretendian por la estrella. No desmayes cuando te faltare la devocion y la luz del cielo: sujétate á los sabios, toma sus consejos, que con eso volverá la devocion y la luz que por humillarte se te escondió. Salieron de Jerusalem de la casa de Heródes, enemigo de Cristo, y volvió la estrella, causándoles doblado el gozo. Huye tú de las malas compañías: retírate de los tratos en que no hay divina luz, ántes se pierde la que tenias; y procura andar en el camino de Belen, que es la casa del pan Sacramentado, que ahí se halla con seguridad.

149. Considera cómo los santos Reyes llegaron á Belen, y parando la estrella, ellos no se atrevieron á pasar adelante. No te adelantes á la luz que te guia. Fueron al portal, sobre el cual paró la estrella: apeáronse muy confusos de que en un lugar como aquel se parase la estrella: dice todo esto San Vicente Ferrer. ¿Puede ser (decian los santos Reyes,) puede ser esta la casa del gran Rey que buscamos? Esta mas parece albergue de bestias, que habitacion humana. Estaba la puerta de la cueva cerrada con un paño (dice el santo,) y llegando uno, levantólo, y vió dentro una pobre Señora sentada. Volvió, dió parte á los compañeros, y ellos movidos con superior luz, entraron en el establo, y saludaron á nuestra Señora. Respondió su Magestad, y con su respuesta se sintieron inflamados mas de lo acostumbrado. Preguntaron por el Niño, y cómo se llamaba; y oyendo á nuestra Reyna que se llamaba *Jesus*, al punto postrados y cosidos con la tierra adoraron al Salvador; preguntaron á nuestra Señora por su concepcion y nacimiento, y las circunstancias que concurrieron en estos dos misterios; de todo lo cual dió razon nuestra Señora con profunda humildad, y con sus palabras se hallaron los Reyes llenos de gracia, de luz, de fe y caridad; y sin esperar, abrieron sus tesoros, cogieron cada uno su tapete, y puesto de rodillas ofrecie-

ron al Señor una grande cantidad de oro, incienso y mirra. Ves aquí las señales de la verdadera contricion: ofrecerle á Dios el oro de la caridad y amor, la mirra de la mortificacion, y el incienso de la oracion: ves aquí otra, abrirle el tesoro del corazon: ves aquí otra, desnudarse y despojar de sí el amor de las riquezas y deleites, y consagrarlo á Cristo pobre en su portal.

150. Considera cómo el Niño Dios á los ojos del alma se les mostró Dios amante, tierno y amoroso, y á los del cuerpo muy hermoso y amable, que les causó un fervoroso amor y profunda reverencia. Piensa tambien cómo el Señor les avisó en sueños, que no volviesen por casa de Heródes, sino que tomasen otro camino, y se volviesen á su tierra. Saca de esta consideracion dos cosas: la primera, que no te vuelvas á Heródes, habiéndote ofrecido á Cristo, apartándote de toda ocasion de perder su gracia, y perderte. Saca lo segundo, que los santos Reyes volvieron por mar: por inquietudes, borrascas, amarguras y trabajos has de volver á tu patria, que es el cielo.

151. Considera con San Buenaventura, y piensa qué hizo nuestra Señora de toda aquella riqueza. Ya ves cuán pobre estaba. ¿Si compraria nuestra Señora ropa ó vestidos? ¿alguna casa ó hacienda? ¿si puso alguna renta para pasar? No creas eso de tu Señora. Era amantísima de la pobreza, y la estimaba mas que los avarientos el oro y la plata. Consultó la voluntad de su preciosísimo Hijo, y entendió que su divina Magestad gustaba que todo lo repartiase á pobres, como lo hizo en breves dias, sin reservar cosa alguna; y esto se prueba con que cuando fué á los cuarenta dias á presentarse al templo, no tuvo para comprar un cordero, y compró dos tórtolas; y mas, que habiendo vendido el jumento que tenia para pasar, no tuvo para comprar otro, y fué á pié, como el mismo santo lo afirma. Aprende en este egemplo á amar la pobreza, y á despreciar los bienes caducos de esta vida; no solo no afanando por ellos, pero ni aunque te los den, recibas cosa que te cueste el menor cuidado guardarlo.

152. Considera cómo nuestra Señora pidió al señor San Josef, que se informase de todos los pobres de Belen, y de lo que faltaba en las sinagogas del culto y adorno, y á los pobres se les fuese enviando. Iba el santo en todo conforme con lo que ordenaba nuestra Reyna, teniendo sus palabras

por señal cierta de la divina voluntad. Venian los pobres, y la Madre de las misericordias, que con luz divina penetraba sus necesidades espirituales y corporales, es de creer piadosamente que unas y otras se las socorreria; y el que venia en pecado y pobre, volvia contrito y socorrido: el que venia tibio, volvia fervoroso; y el devoto volvia encendido en el divino amor; y así egercitaba nuestra Señora la perfectísima caridad. Piensa que no se quedarían sin limosna los pastores por haber servido á nuestra Reyna. Piensa mas, que no podían estas limosnas ocultarse en Belen, y que luego se sabria como eran dones que le habían dejado los Reyes. ¡O qué pesadumbre tuvieron aquellos á cuyas partes llegó á pedir posada nuestra Señora la noche del Nacimiento, y se la negaron! ¡O mal haya nuestra fortuna, dirían, que si la hubiéramos dado posada, hubiéramos granjeado mucho en esta ocasion! ¿Pero quién podría imaginar que unos Reyes habían de venir á visitar á una pobre como aquella? Piensa mas, que la que ántes era cueva de bestias y establo de animales, ahora es casa de Dios, refugio de pobres, fuente de caridad y misericordia. ¿Y porqué? Porque entraron en ella Dios y su Madre. ¡O devoto de esta gran Señora! Acude con estos pobres, como pobre. No te apartes de aquel pesebre hasta que te sientas socorrido: pídele con humildad, y ofrécele tu alma y corazón vacío de todo lo terreno, que así te lo llenará de bienes del cielo, porque es misericordiosísima y sumamente liberal. Mira no te suceda lo mismo que á los de Belen, que se arrepintieron de no haber hospedado á esta Señora, y de no haberla servido; pero fué tarde su arrepentimiento. Sírvela tú ahora: vísitala por la mañana, al medio día y á la noche, que yo te aseguro que salgas bien librado.

MISTERIO CUARTO.

De la Presentacion del Niño Dios en el Templo.

153. CONSIDERA cómo habiendo estado nuestra Señora cuarenta días en aquel establo, durmiendo en el suelo, comiendo pobrísimamente, padeciendo frios grandísimos y necesidades, al cabo de ellos salió para Jerusalem á purificarse y

á presentar al Niño, como lo mandaba la ley. Llegó al templo, compró dos tórtolas, ó dos palomas para ofrecer. Piensa lo primero, cuan mortificada sale nuestra Señora de aquella cueva, despues de cuarenta días de penitencia, y en tiempo de nieves, hielos y frios. Camina á pié la Reyna del mundo (como lo dice San Buenaventura :) mira el rigor con que trata el Señor á su Madre. Piensa lo segundo la alegría que lleva en su alma y corazón con la ofrenda que lleva en sus brazos al Eterno Padre, que era su hijo Unigénito. Mira qué alegres irán las almas al templo de la gloria, si llevan consigo á Jesus. Piensa lo tercero, como nuestra Señora en el templo se puso, como humilde, en el último lugar de tras de las otras, que acaso concurrían á la misma función aquel día; y viéndola allí, como la mas pobre de todas, considera su grande humildad, que en la estimacion de los que la miraban era tenida por inmunda, y como tal se venia á purificar como las demas, siendo mas pura que los ángeles, mas hermoso que el sol y las estrellas. Aprende por aquí á humillarte y á ocultar lo bueno que en tí pusiere el Señor: gusta mas de ser tenido por malo, que por bueno: si siendo bueno te tuvieren por malo, asegura lo que tienes bueno: si siendo malo deseas parecer bueno, eres hipócrita; y si siendo bueno no ocultas tu virtud, te expones á que te la hurte la vanidad.

154. Considera cómo el santo Simeon, estando aquella noche recogido en su casa, tuvo revelacion de que al día siguiente había de venir al templo el Mesías, que él con grandes ansias deseaba. Vino al templo lleno de fervoroso gozo: entró, y luego conoció al Salvador del mundo en los brazos de su Madre. Puedes piadosamente creer, que el Niño Dios se le mostró vestido de resplandor y luz divina en los brazos de María sacratísima, y que por eso lo conoció. Llegó (dice San Buenaventura,) y postrado en tierra le adoró; y el Niño Dios hizo como que quería pasarse de los brazos de su Madre á los del Santo Simeon. Recibióle el venerable anciano, y deshecho en lágrimas de devocion, abrasado en fuego de amor divino, prorumpió en aquel cántico de alabanzas que canta la Iglesia: ahora, Señor mio, dejais en paz á vuestro siervo; como quien dice: venga ya, Señor, la muerte, no quiero mas vida: venga ya, que la recibiré con alegre semblante, pues ya he visto con mis ojos á Dios mi Salvador. Llegóse tambien la santa viuda Ana,